

En el barrio de Kerameikos en Atenas vivía y tenía un taller de cerámica Nikosthenes, un poco en la tradición de los mejores ceramistas y alfareros de la antigua Grecia como Eufronios, Exekias, Psiax o Sosias, entre otros, en griego keramos era barro y tenía un buen poder de convocatoria, de hecho acudían coleccionistas para comprar cerámica, ricos que buscaban decorar sus mansiones o celebrar bodas, cumpleaños y celebraciones o eventos importantes, además de pintores, escultores y arquitectos para colaborar con los ceramistas en general y con Nikosthenes en particular.

Dado el buen tiempo Nikosthenes decidió hacer dos de sus mejores cerámicas, ambas buscando la máxima expresión en forma y valor pictórico y narrativo, una en la intimidad, concentración y paz de su obrador y la otra en el patio frontal de la casa, pero prácticamente en la calle. En la cerámica a la vista de todo el mundo admitiendo sugerencias, comentarios o ideas de ciudadanos, algunos muy críticos. En cuanto a las formas unos pedían ánforas (vasijas con asas); otros cráteras (vaso grande de boca ancha); kántharos (copa con asas) inclusive lekanes (platos hondos) o pelikes (vasijas de base ancha con asas). Los más intimistas pedían stamnos (pequeñas cráteras con asas); alabrastrones (cerámica para perfumes y aceites); aríbalos (botellas pequeñas); anforidiones (pequeñas ánforas); askos (botijo o kendi para el vino); oenochoes (jarras con asas); kylix (copa o cáliz con asas); lagynos (pequeños cantaros para el vino); entre otras formas. Finalmente se decidió por hacer dos cráteras ya que su pasión por la mitología griega y la pintura cerámica servían perfectamente, para hacer piezas que se solían dar en grandes acontecimientos como las olimpiadas. La inspiración venía de narrar grandes acontecimientos de la historia o la mitología griega como el viaje de Ulises camino de Ítaca, Jasón y los argonautas buscando el vellocino de oro, Teseo y el Minotauro en el laberinto de Cnosos, Hercules, la Guerra de Troya y todas las demás cosas que Herodoto gustaba de compartir en el Ágora.

En la soledad de su casa realizó la pieza más importante, con una narrativa pictórica brillante, mientras que la pieza de la calle, estaba bien, pero de ideas tan dispares que no tenía alma. Cuando hubo terminado ambas cráteras las expuso juntas en el ágora, las críticas y paradójicamente las censuras llovieron sobre la crátera realizada en la calle con las sugerencias de todo el mundo, mientras la pieza realizada en la más absoluta intimidad recibió todos los parabienes y gustó mucho, algunos sugirieron poner la pieza en el templo de Atenea. Por un momento quedaba claro que la cerámica que se hace con los deseos del pueblo es confusa y sin fuerza expresiva, mientras la cerámica realizada por el ceramista o el artista alcanza su máxima expresión creativa.

Con el paso del tiempo encontraba que la gente no entendía que la cerámica hecha sin el consentimiento del pueblo era la mejor, algunos se echaban atrás en sus sugerencias, inclusive negaban haber sugerido nada en relación a lo narrativo, forma o diseño de la crátera. La de la calle era más obra vuestra que mía, les decía, pues en la realización seguí vuestro consejo, lo que hace evidente que el artista no debe escuchar a nadie, como Herodoto no puede apartarse de su camino en sus interminables viajes por medio mundo.

Al final los grandes ceramistas como Eufronios, Exekias o Psiax están totalmente de acuerdo con Nikosthenes, ya que queda claro el dilema de ¿Pintas la crátera que vendes o vendes la cerámica que pintas? Todo esto queda claro cuando vemos la arquitectura como el Pártenon de la Acrópolis, la pintura de Nearco, la escultura como la Venus de Milo, entre otras artes. Lo que nos recuerda las palabras de Platón "Por lo bello, son bellas las cosas bellas".

Las pinturas narrativas en cerámica sobre el Minotauro son de gran belleza, no se puede decir lo mismo del propio Minotauro o su mala fama, aunque es solo la más pura mitología de la antigua Grecia